

Pensar el miedo y los medios a 23 años del golpe de Estado en Venezuela

Rodrigo Bruera

rodrigo.bruera@unc.edu.ar

Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS-CONICET)

Pensar el miedo y los medios a 23 años del golpe de Estado en Venezuela¹

Resumen

Este trabajo examina las estrategias discursivas utilizadas por los medios *La Voz del Interior* (Argentina), *El País* (España) y *The New York Times* (Estados Unidos) para construir narrativas en torno al golpe de Estado contra Hugo Chávez en abril de 2002, un evento significativo en la política venezolana y latinoamericana. A pesar de los 23 años transcurridos, el estudio de este acontecimiento resulta crucial para comprender cómo los discursos mediáticos contribuyen a moldear percepciones sobre liderazgos políticos y dinámicas internacionales, un fenómeno que sigue siendo pertinente en el contexto actual, caracterizado por la polarización y el impacto de los medios en la opinión pública global. Desde una perspectiva crítica de los estudios internacionales y mediante técnicas de análisis del discurso, se identifican cuatro ejes principales: la representación del liderazgo político de Chávez en términos autocráticos, la construcción de una geopolítica del miedo, las tensiones en torno a la libertad de prensa y la caracterización de actores políticos mediante polarizaciones entre "dioses" y "demonios". Este enfoque permite reflexionar sobre las continuidades y transformaciones en el uso del miedo como herramienta discursiva, destacando la relevancia de reexaminar eventos pasados para entender los retos de la comunicación y la política en la actualidad.

Palabras clave: Miedo, Medios de comunicación, Venezuela, Análisis discursivo, Estudios Internacionales

Abstract

This paper examines the discursive strategies employed by the media outlets *La Voz del Interior* (Argentina), *El País* (Spain), and *The New York Times* (USA) to construct narratives surrounding the coup d'état against Hugo Chávez in April 2002, a significant event in Venezuelan and Latin American politics. Despite the 23 years that have passed, studying this event remains crucial for understanding how media discourses shape perceptions of political leadership and international dynamics, a phenomenon still relevant in today's context of polarization and the profound influence of media on global public opinion. From a critical perspective within International Studies and through discourse analysis techniques, four main axes are identified: the portrayal of Chávez's political leadership as autocratic, the construction of a geopolitics of fear, tensions surrounding freedom of the press, and the characterization of political actors through polarizations between "gods" and "demons." This approach enables reflection on the continuities and transformations in the use of fear as a discursive tool, highlighting the importance of revisiting past events to better understand contemporary challenges in communication and politics.

Keywords: Fear, Media, Venezuela, Discourse Analysis, International Studies

¹ Este artículo se desprende de una investigación más amplia, presentada como tesis de Maestría en Relaciones Internacionales, que analiza no solo el golpe de Estado de 2002, sino también otros acontecimientos de la historia reciente venezolana tales como las primeras marchas masivas ocurridas a un año de la muerte de Chávez en 2013 y la realización de los comicios presidenciales de 2018. Para más información, ver Bruera (2024).

Introducción

Este estudio examina las estrategias discursivas empleadas por tres medios tradicionales -*La Voz del Interior* (Argentina), *El País* (España) y *The New York Times* (Estados Unidos)- en su cobertura del golpe de Estado contra Hugo Chávez ocurrido el 11 de abril de 2002. Dicho acontecimiento, de gran relevancia para el panorama político de América Latina, es analizado a través del prisma del análisis del discurso con el objetivo de desentrañar las interpretaciones ideológicas promovidas en un contexto de fuerte convulsión social y política.

Desde esta perspectiva, se reflexiona sobre cómo estos medios han colaborado en la construcción de un imaginario colectivo caracterizado por lo que podría denominarse una Cultura del Miedo. Este concepto, derivado de las denuncias realizadas por autores como Noam Chomsky (1996) en el contexto de la Guerra contra el Narcotráfico en Colombia, cobra relevancia al considerar su aplicación a los discursos mediáticos contemporáneos. Dice Chomsky:

A lo largo de todos estos años las principales víctimas del terrorismo de estado han sido, cómo no, los campesinos. En 1988 las organizaciones sociales de uno de sus departamentos sureños denunciaban una "campaña de aniquilación total y tierra quemada, al estilo Vietnam", llevada a cabo del modo más vil por las fuerzas del ejército, "aniquilando a hombres, mujeres, ancianos y niños. Hogares y cosechas eran arrasadas y los campesinos eran expulsados de sus propias tierras". (Chomsky, 1996: s/p)

Se plantea, además, si este mecanismo discursivo, históricamente vinculado al temor hacia el comunismo durante la Guerra Fría, se ha reconfigurado para ajustarse a las dinámicas del siglo XXI, afectando no solo la percepción de figuras específicas como Chávez, sino también la del modelo político representado por Venezuela.

Finalmente, el artículo busca contribuir al análisis crítico de los medios de comunicación como actores clave en el diseño de narrativas hegemónicas que modelan las percepciones tanto locales como globales en torno a eventos de alta carga simbólica y política.

La hegemonía y el orden mundial en el escenario internacional y mediático

En el ámbito de las relaciones internacionales, el análisis del discurso y de las ideologías ha cobrado importancia desde la consolidación de paradigmas como el constructivismo y la teoría crítica en la década de 1980. Estos enfoques, especialmente desde los años noventa, han cuestionado profundamente los supuestos tradicionales de la disciplina, planteando nuevas maneras de entender las dinámicas del poder global (Sodupe, 2002). Entre los principales aportes en este sentido destacan las reflexiones de Robert W. Cox (2002; 2014), quien argumenta que toda teoría está intrínsecamente ligada a las condiciones históricas y sociales de su contexto, por lo que aquellas que se presentan como "neutrales" deben ser examinadas críticamente para revelar las perspectivas ideológicas que las sustentan.

Desde esta óptica, Cox redefine el concepto de hegemonía en el sistema internacional, no solo como un equilibrio entre Estados, sino como una estructura socioeconómica global que conecta las clases sociales y los modelos de producción de diferentes naciones, sustentada por normas e instituciones diseñadas para mantener el statu quo. Esta visión pone de relieve la interrelación entre el discurso y las fuerzas sociales, tanto en el sostenimiento del orden existente como en los movimientos hacia el cambio.

Este autor invita a pensar que, por el hecho de pertenecer a un tiempo y espacio político e histórico particular, todas las teorías están vistas desde una perspectiva, y no existen posibilidades de pensarlas por fuera de esas dimensiones. Entonces, toda teoría que se anuncie a sí misma como separada del tiempo y espacio, debe ser examinada como ideología, para poner al descubierto su punto de vista oculto. El enfoque gramsciano de Cox tiene como objeto discutir la noción de hegemonía en las relaciones internacionales, en un momento en el que el transnacionalismo y el neoliberalismo institucional hablaban del final de las hegemonías. Para Cox, la reflexión que permite Gramsci para las relaciones internacionales resignifica la noción del Estado y su papel en el escenario internacional (Herrera Santana, 2017), por lo que entiende que la hegemonía a nivel internacional:

No es (...) simplemente un orden entre estados. Es un orden dentro de una economía mundial con un modelo de producción dominante que penetra en todos los estados y los vincula a otros modelos de producción subordinados. Es también un complejo de relaciones sociales internacionales que conectan las clases sociales de los diferentes países. La hegemonía mundial se puede definir como una estructura social y una estructura política; y no puede ser solamente una de estas cosas sino ambas. Es más, la hegemonía mundial se expresa con normas universales, instituciones y mecanismos que establecen reglas generales de comportamiento para los estados y para aquellas fuerzas de la sociedad civil que actúan más allá de las fronteras nacionales -reglas que sostienen el modelo de producción dominante-. (Cox, 2016:149)

Cox avanza, entonces, hacia una teorización a la que considera política y hermenéutica e, influido por el materialismo histórico de Antonio Gramsci y el estructuralismo de Louis Althusser, pone en tensión aquello que se entiende como orden mundial, desde una perspectiva holística y transdisciplinar. El autor no entiende al orden mundial como el conjunto de las esferas política, económica, social, cultural determinado por dinámicas de poder que surgen de grandes crisis, sino que presenta una propuesta para evaluar los conflictos internacionales que consiste en una disputa permanente de fuerzas sociales (compuesta por capacidades materiales, instituciones e ideas) que se encuentran en "situación de choque", y que emergen tanto de la relación entre la sociedad y el Estado como de la esfera económica (Cox, 2014: 141). Estas fuerzas, expresadas como potenciales y que interactúan en una estructura, no tienen un determinismo unidireccional entre ellas sino más bien una relación de tipo recíproca. Cox realiza aquí una indagación que resulta pertinente para estudiar cómo la dinámica mundial está muy lejos de ser consecuencia de impulsos individuales (estatales) sino que es, más bien, una interrelación compleja de fuerzas que parecen actuar de manera independiente (Gómez Ponce, 2019).

Aplicando esta lógica al ámbito de los medios de comunicación, podemos comprenderlos como actores no estatales que participan activamente en la conformación de ideologías a través de sus narrativas. En este marco, la concentración de los medios en grandes conglomerados durante las décadas de 1980 y 1990 facilitó su transformación en

herramientas de poder hegemónico, capaces de diseminar imágenes colectivas alineadas con las dinámicas del capitalismo transnacional. Este fenómeno, descrito por autores como Dênis de Moraes (2013), expone cómo los medios han legitimado valores y prácticas neoliberales mientras perpetúan sistemas mediáticos monopolizados que subordinan los intereses colectivos a las ambiciones empresariales (Becerra y Mastrini, 2017). Siguiendo los aportes de Dênis De Moraes (2013:14), el sistema mediático actual se caracteriza por:

La fuerte concentración monopólica en torno a megagrupos y dinastías familiares; las estrategias de comercialización de los bienes simbólicos; la subordinación de interés general a ambiciones lucrativas; la retórica poco convincente de las corporaciones mediáticas a favor de la "libertad de expresión", que oculta el deseo asumido pero no declarado de hacer prevalecer la libertad de empresa sobre las aspiraciones colectivas; la pérdida de credibilidad de la prensa y las implicaciones para la democracia.

La conexión entre los discursos mediáticos y la construcción del miedo se vuelve visible al observar cómo se utilizan estos recursos para estigmatizar o legitimar ciertas narrativas. En el caso venezolano, la figura de Hugo Chávez y las políticas de su gobierno han sido objeto de una intensa demonización, reflejada en los relatos que asocian a Venezuela con conceptos como el autoritarismo, la represión y el caos económico. Este proceso no solo responde a una lógica comercial, sino también a un interés político por consolidar un modelo ideológico global que deslegitime alternativas al orden establecido.

El análisis realizado a partir de estas perspectivas invita a reconsiderar el papel de los medios como agentes activos en la producción de un miedo estructurado que, lejos de ser espontáneo, emerge como una herramienta estratégica para moldear percepciones y conductas sociales.

La cultura del miedo en las ciencias sociales

El análisis del miedo como objeto de estudio en las ciencias sociales se enmarca en lo que se ha denominado el giro afectivo, una perspectiva teórica que responde al giro textual predominante en las últimas décadas del siglo XX. Este enfoque, como señala Ahmed (2015), plantea que las emociones, lejos de ser estados puramente internos o individuales, son prácticas sociales y culturales que producen efectos en la esfera pública y en la construcción de significados. En este sentido, el miedo, como afecto específico, no solo configura experiencias individuales, sino que también se institucionaliza y circula en contextos políticos, sociales y mediáticos, convirtiéndose en un elemento central para comprender dinámicas de poder y control.

Desde esta perspectiva, estudiar el miedo en una investigación científica no solo es relevante, sino necesario para abordar los modos en que las emociones estructuran las relaciones sociales, políticas y discursivas. Arfuch (2016) subraya que el lenguaje no solo describe el mundo, sino que lo construye. Este carácter performativo del discurso, en el que el miedo ocupa un lugar destacado, permite analizar cómo ciertas narrativas generan significados y condicionan las acciones colectivas. Por ejemplo, Ahmed (2015) introduce el concepto de "pegajosidad" para explicar cómo ciertos discursos logran asociar emociones como el miedo con determinados objetos, personas o ideas, reforzando estigmas o legitimando políticas de exclusión.

La elección del miedo como objeto de estudio en una investigación científica responde también a una necesidad de complejizar el análisis de fenómenos

contemporáneos. Lara y Enciso Domínguez (2013) explican que el giro afectivo permite superar la dicotomía entre lo emocional y lo cognitivo, integrando ambas dimensiones en el análisis social. En un mundo atravesado por procesos de mediatización y polarización política, el miedo se revela como un factor central para comprender cómo se construyen subjetividades, cómo se legitiman discursos políticos y cómo se configuran dinámicas de exclusión y control.

Por último, es importante destacar que el miedo no debe considerarse únicamente como una respuesta natural o visceral, sino como un fenómeno profundamente cultural y discursivo (Delumeau, 2022). Esta visión permite abordar sus implicancias desde una perspectiva crítica que integre elementos históricos, simbólicos y políticos. Según Cuadro (2013), es esencial que las ciencias sociales adopten enfoques interdisciplinarios que permitan desentrañar los marcos ideológicos detrás de los discursos que estructuran el miedo. Este tipo de análisis no solo enriquece la comprensión teórica, sino que también ofrece herramientas prácticas para desarticular narrativas que perpetúan desigualdades y violencias simbólicas.

En conclusión, el estudio del miedo en la presente investigación no es solo una cuestión de interés teórico, sino una necesidad metodológica y política. Analizar cómo las emociones, y en particular el miedo, se configuran en contextos discursivos y estructuran prácticas sociales, ofrece una perspectiva invaluable para comprender y transformar los retos del presente.

Cuestiones metodológicas

Este artículo emplea el análisis del discurso como herramienta central para examinar las construcciones ideológicas presentes en la cobertura mediática del golpe de Estado contra Hugo Chávez en abril de 2002. Este enfoque permite desentrañar las convenciones históricas y los significados ideológicos que subyacen en las narrativas mediáticas, iluminando cómo estas moldean las percepciones sociales sobre eventos de gran relevancia política.

Siguiendo las ideas de Voloshinov (1976), se considera que el lenguaje no es un sistema abstracto ni un acto individual, sino un fenómeno social que se materializa en la interacción discursiva. Los enunciados, entendidos como unidades discursivas, trascienden las oraciones gramaticales al situarse en un contexto social, cultural e histórico que les otorga significado. En este marco, el análisis de los enunciados permite identificar las intenciones discursivas, los juicios de valor implícitos y los elementos ideológicos que se proyectan hacia los destinatarios.

Para este estudio, se seleccionaron 30 artículos publicados durante abril de 2002 en las ediciones digitales de tres medios: *La Voz del Interior* (Argentina), *El País* (España) y *The New York Times* (Estados Unidos). La elección de estos medios responde al interés por abarcar perspectivas regionales y globales, seleccionando publicaciones de propiedad privada y gran alcance en América Latina, Europa Occidental y Norteamérica. El corpus incluye cinco artículos de *La Voz del Interior*, once de *El País* y catorce de *The New York Times*, ofreciendo un panorama representativo de las narrativas mediáticas sobre los eventos en Venezuela.

El análisis se orienta a identificar patrones discursivos que configuran una narrativa específica sobre Chávez y su gobierno, revelando los recursos ideológicos y simbólicos empleados para caracterizar a los actores y eventos. Este enfoque permite conectar las

producciones mediáticas con las dinámicas de poder y los intereses que subyacen en el escenario internacional, ofreciendo una comprensión crítica de cómo los discursos mediáticos participan en la construcción de realidades sociales y políticas.

El liderazgo político autocrático de Chávez

El análisis del corpus mediático revela una constante: la representación de Hugo Chávez como un líder político autocrático, caracterizado por su autoritarismo, inclinaciones represivas y un discurso agresivo hacia la oposición. Esta narrativa se construye a través de una serie de estrategias discursivas que refuerzan la idea de que su gestión no se alineaba con los principios democráticos, sino que más bien representaba una amenaza para la estabilidad institucional y política de Venezuela.

En este sentido, los medios estudiados en este trabajo destacan aspectos de la personalidad y las acciones de Chávez que encajan en la categoría de liderazgo autocrático. Según Giovanni Sartori (1988), este tipo de liderazgo se define por la concentración del poder en un individuo que actúa sin responder a las normativas democráticas o al control de las instituciones. En los textos analizados, Chávez es retratado de manera recurrente como un "caudillo", una figura que ejerce el poder de manera desmesurada, que se enfrenta y desafía a los poderes del Estado y que dirige un gobierno basado en prácticas autoritarias.

Los artículos revisados muestran una clara intención de vincular al exmandatario con la imagen de un gobernante despótico, usando calificativos como "populista autoritario" (ver artículo Nro. 18), "aprendiz de dictador" (ver Artículo Nro. 1) o incluso "tirano". Estas etiquetas se complementan con la descripción de acciones y decisiones específicas que refuerzan la narrativa de un líder violento, incapaz de actuar en el marco de un Estado de derecho. Por ejemplo, se le atribuye la orden de reprimir a manifestantes, desacatar normas institucionales y marginar a los líderes de la oposición, construyendo así una percepción de peligro constante en torno a su figura.

En esta línea, algunos medios destacan testimonios de opositores o militares que califican a Chávez como una amenaza para la democracia. *The New York Times*, por ejemplo, cita al general Néstor González González, quien lo describe como un autócrata que respalda a guerrillas extranjeras (ver Artículo Nro. 17). Estas afirmaciones son amplificadas por los medios para fortalecer la idea de que Chávez no solo era un problema interno, sino también un factor de desestabilización regional.

Por otro lado, los textos analizados también abordan aspectos más personales de Chávez, enfatizando su falta de preparación para liderar y su comportamiento errático. Adjetivos como *mercurial* —al que podríamos traducir libremente como "inestable"—, "imprudente" o "incoherente" se utilizan para retratarlo como un dirigente incapaz de cumplir con las exigencias de su cargo (ver Artículo Nro. 18 y Artículo Nro. 19). Asimismo, se recalca su supuesto desprecio por la institucionalidad y su inclinación hacia el uso excesivo de la fuerza, presentándolo como el principal responsable de actos represivos y de violencia estatal.

En conjunto, estas representaciones discursivas consolidan una narrativa que despoja a Chávez de legitimidad política y moral, justificando, de manera implícita o explícita, las acciones que llevaron a su derrocamiento en 2002. Esta construcción, al moldear la percepción pública tanto dentro como fuera de Venezuela, contribuye a la formación de lo que este estudio denomina una Cultura del Miedo, donde la figura de

Chávez se convierte en un símbolo de amenaza constante para el orden democrático y la estabilidad regional.

La geopolítica del miedo

El concepto de miedo político, desarrollado por autores como Corey Robin y Patrick Boucheron (2016), enfatiza el papel de las instituciones en la generación y sostenimiento del miedo como herramienta de control y manipulación social. En el ámbito internacional, este fenómeno está intrínsecamente relacionado con la construcción de narrativas geopolíticas que asignan valores y significados a Estados y actores según sus alineaciones en el mapa global del poder.

Los medios de comunicación, como instituciones con capacidades materiales e ideológicas (Cox, 2002; 2014), desempeñan un rol fundamental en este proceso. Su narrativa no solo refleja los conflictos del escenario internacional, sino que también los estructura, estableciendo jerarquías simbólicas que legitiman ciertas relaciones de poder. En este marco, el análisis del corpus revela cómo se construye un miedo geopolítico en torno a Venezuela, utilizando categorías como la asociación con el comunismo, la promoción del populismo y los vínculos con actores percibidos como "desestabilizadores" por el bloque occidental.

La narrativa mediática examina las alianzas internacionales de Venezuela, vinculándola con figuras y Estados que tradicionalmente han sido catalogados como "amenazas" por las potencias occidentales. Relatos que asocian al gobierno venezolano con la guerrilla colombiana, o que resaltan las relaciones de Hugo Chávez con líderes como Fidel Castro y Saddam Hussein, contribuyen a consolidar un imaginario en el que Venezuela se presenta como un actor fuera de las normas del sistema internacional dominante.

Asimismo, se enfatiza la proximidad de Venezuela con países como Rusia, Irán, Libia y Nicaragua, configurando un discurso que refuerza la idea de un "eje alternativo" en oposición a los valores occidentales. Estas menciones, aunque muchas veces carentes de contexto o análisis profundo, bastan para inscribir a Venezuela en una categoría de otros peligrosos, en línea con la lógica binaria del "eje del bien" y el "eje del mal" establecida tras el 11-S. En el artículo de El País, titulado "Golpe a un caudillo" (ver Artículo Nro. 7), publicado el mismo día del golpe de 2002, se indica: "[Chávez] evitó condenar los atentados de Nueva York y el Pentágono, viajó a Bagdad para expresar su apoyo de Sadam Hussein, apoyó la guerrilla colombiana de las FARC, estrechó sus relaciones con Castro y acogió a Montesinos". Mientras que *The New York Times* también trae este elemento indicando que Chávez generó problemas en su país vecino "al ayudar a las guerrillas de izquierda" (ver Artículo Nro. 26).

Además, las tensiones con organismos internacionales como la Organización de Estados Americanos (OEA) o la Unión Europea (UE) se presentan como pruebas adicionales del aislamiento de Venezuela, reforzando su imagen de antagonista en el sistema global. A través de estos relatos, los medios no solo estigmatizan las políticas internas del país, sino también sus intentos de establecer relaciones multilaterales independientes. En el medio estadounidense *The New York Times* aparecen múltiples ejemplos que ponen de relieve esta cuestión, como cuando afirma que Chávez "conquistó a Fidel Castro y a Saddam Hussein" ni bien llegó al gobierno en 1999 (ver Artículo Nro. 21), "formó estrechos lazos con líderes mundiales desagradables para Estados Unidos (...)

y en agosto de 2000 visitó países como Libia e Irak” (ver Artículo Nro. 23). En conjunto, estas construcciones discursivas ilustran cómo el miedo político se amplifica en el plano geopolítico, configurando una percepción de Venezuela como un “Estado fallido” (Chomsky, 2012). Este marco, al ser reproducido sistemáticamente por los medios, no solo afecta las relaciones internacionales del país, sino que también influye en las percepciones locales, legitimando narrativas que justifican sanciones, intervenciones o la deslegitimación de su modelo político.

Venezuela y la libertad de expresión

El derecho a la libertad de expresión, consagrado en instrumentos como la Convención Americana sobre Derechos Humanos, establece que toda persona tiene la libertad de buscar, recibir y difundir información sin censura previa. Sin embargo, en las narrativas mediáticas analizadas, este derecho es recurrentemente puesto en tensión cuando se aborda la situación de la prensa en Venezuela bajo el gobierno de Hugo Chávez.

El corpus revisado sugiere que los medios internacionales representaron a Venezuela como un país donde la libertad de prensa estaba gravemente comprometida, señalando prácticas de censura y restricciones que eran impulsadas directamente por el Ejecutivo. Estas denuncias, que suelen carecer de un análisis contextual más amplio, consolidan una imagen de Chávez como un líder intolerante, autoritario y dispuesto a silenciar a quienes no comparten su visión política.

Sin ánimos de hacer un análisis pormenorizado sobre la existencia o no de situaciones de falta de libertad de expresión -pues no es el objetivo de esta investigación- entre los ejemplos destacados se encuentran afirmaciones sobre el cierre de señales televisivas y la suspensión de transmisiones de medios privados durante episodios de alta conflictividad política, como el golpe de Estado de abril de 2002. En estas narrativas, se acusa al gobierno venezolano de intervenir activamente en los contenidos mediáticos para ocultar hechos violentos o perjudiciales para su imagen. *The New York Times*, por ejemplo, refiere que cinco canales privados fueron obligados a cesar transmisiones por mostrar imágenes de la masacre ocurrida en esos días, mientras que *El País* enfatiza que Chávez amenazó con nacionalizar cadenas privadas, calificando estas acciones como atentados directos contra la libertad de prensa.

Asimismo, un enunciado que confirma en mayor medida esta situación es el publicado en *El País*, en el artículo editorial ya mencionado anteriormente del 12 de abril de 2002, donde se indica que el presidente depuesto por el golpe de Estado “atacó a los medios de comunicación y amenazó con nacionalizar las cadenas privadas de televisión” (ver Artículo Nro. 7), mientras que “la resistencia civil contra Chávez se había organizado en redes que constituyen una esperanzadora semilla de desarrollo de una sociedad civil”, haciendo un contrapunto entre una característica censora y amenazadora que se le atribuye al presidente y un espíritu democrático y pacífico atribuido a quienes se oponen a él y luchan por la libertad. Respecto a los sucesos violentos ocurridos previos al golpe, el mismo medio hace referencia a que el presidente “suspendió la señal de las televisoras privadas para que no mostraran las imágenes de la matanza” (ver Artículo Nro. 8), algo similar a lo presentado por *The New York Times* al indicar que Chávez “obligó a cinco canales privados de televisión a salir del aire por mostrar imágenes de la masacre” (ver Artículo Nro. 21) o que “funcionarios estadounidenses” elogiaron a algunos medios

venezolanos privados por “desafiar a Chávez por continuar funcionando a pesar de las órdenes del gobierno de cerrarlos” (ver Artículo Nro. 19).

Por otro lado, el corpus también revela cómo los medios construyen un contraste marcado entre el gobierno venezolano y los actores que se le oponen. Mientras Chávez es representado como un censor y opresor, los medios y periodistas críticos con su gestión aparecen como mártires de la democracia, luchadores por los derechos fundamentales y defensores de la libertad de expresión. Estas caracterizaciones, aunque efectivas para movilizar simpatías, omiten una discusión más compleja sobre el rol de los grandes conglomerados mediáticos y las tensiones entre libertad de prensa y libertad de empresa.

Finalmente, estas representaciones, al alimentar una narrativa de polarización extrema, refuerzan una Cultura del Miedo en la que la falta de libertad de expresión se convierte en un elemento central para demonizar al gobierno venezolano. Al mismo tiempo, se invisibilizan los debates legítimos sobre la necesidad de regular los oligopolios mediáticos, dejando de lado cuestiones estructurales relacionadas con la concentración de medios y sus implicaciones para la pluralidad democrática.

Dioses y demonios: la caracterización de actores sociales

En la construcción de esta categoría, he podido identificar que existen notables diferencias en cómo los medios tratan a los distintos actores sociales, dependiendo de sus características. En particular, aquellos actores vinculados ideológica o políticamente con la izquierda, el populismo, el bolivarianismo o el chavismo suelen ser presentados de manera negativa, con etiquetas como violentos, corruptos e incluso poco inteligentes. En cambio, aquellos que se oponen al gobierno de Venezuela son descritos positivamente, destacándose como personas pacíficas, defensoras de los valores democráticos y capacitadas para ocupar cargos públicos. A continuación, examinaré dos actores sociales recurrentes en las noticias del corpus, con el fin de ilustrar cómo los medios los califican de manera distinta: los empresarios y las fuerzas de seguridad.

Los empresarios

Dentro de los actores sociales mencionados con frecuencia en las noticias analizadas, destacan los miembros del empresariado venezolano, a veces referidos de manera colectiva y otras veces como figuras individuales. Lo que permanece constante es la manera en que los medios construyen la imagen de estos actores, que han tenido una notable presencia en la historia política y económica de Venezuela. La figura de Pedro Carmona Estanga, el empresario que asumió el poder de facto el 11 de abril de 2002, es presentada como un hombre benévolo de la sociedad venezolana, visto como un posible salvador frente a la crisis del gobierno populista. La imagen estereotipada de Carmona hace énfasis en su educación, su conocimiento de las necesidades de los sectores empresariales, su presencia y su distancia del sistema político, lo cual se interpreta como una ventaja, ya que no se le asocia con intereses políticos, sino con la imagen de un ciudadano común. Uno de los medios que más profundiza en la caracterización de Carmona es *The New York Times*, que dedica espacio a detallar su trayectoria y características personales cada vez que se refiere al empresario, aunque los otros medios analizados también lo mencionan, pero con menos énfasis.

Un ejemplo claro de esta construcción positiva se encuentra en un artículo de El País del 14 de abril, tras el regreso de Chávez. El autor, Juan Jesús Aznárez, casi con tono alarmista, señala que Carmona “había reflejado las esperanzas de cambio y tolerancia de aquellos venezolanos hartos de las bravuconadas e intransigencia atribuidas al ex teniente coronel ahora de regreso en Miraflores” (ver Artículo Nro. 12). El concepto de “cambio” y “tolerancia” se vincula con Carmona, quien se presenta como una figura opuesta a la figura de Chávez, caracterizado como alguien cargado de intransigencia. Este contraste entre la imagen positiva de Carmona y la negativa de Chávez resalta la contradicción entre un empresario que asumió el poder tras un golpe de Estado y un presidente democráticamente elegido.

Por su parte, *The New York Times*, el 11 de abril, refuerza esta distinción, afirmando: “En un día, el hombre a cargo del palacio presidencial pasó de ser un populista de voluntad fuerte conocido por sus discursos incoherentes a un hombre de negocios afable que elige cada palabra con cuidado” (ver Artículo Nro. 20). Este artículo establece un contraste directo entre Carmona y Chávez, representando a Carmona como un “hombre de negocios” serio y cuidadoso en su discurso, mientras que a Chávez se lo retrata como un populista que pronuncia discursos sin coherencia. Esta comparación resalta la diferencia de origen social y la valoración que los medios hacen de cada figura: Carmona es descrito como blanco, empresario, educado y cortés, mientras que Chávez es presentado como un político corrupto, maleducado y violento.

En este mismo artículo, se destaca que Carmona “no puede ser más diferente de Chávez”, señalando que, a diferencia de Chávez —quien siempre buscaba ser el centro de atención—, Carmona “nunca se ha sentido cómodo siendo el centro de atención” y “nunca buscó el poder”. Este contraste pone en evidencia una diferencia en las motivaciones de ambos actores: Carmona es visto como un ciudadano común y moderado, mientras que Chávez es percibido como alguien que desea la notoriedad. Además, se subraya la noción de meritocracia en la figura de Carmona, presentándolo como alguien que ha logrado sus éxitos mediante sacrificio y trabajo arduo, ya sea en el ámbito empresarial, como presidente de diversas empresas, o en su rol como presidente de Fedecámaras y presidente de facto del país. En *The New York Times* se refiere a él como “un capataz que ha trabajado duro para llegar donde está” (ver Artículo Nro. 20), destacando el esfuerzo y el mérito como cualidades clave de su ascenso en los ámbitos empresarial y político.

Las fuerzas policiales y de seguridad

Además de los empresarios, otro grupo recurrente en las noticias es el de las fuerzas de seguridad, que en su mayoría están asociadas con el gobierno chavista. Estas fuerzas son representadas de manera estereotipada como agentes de abuso de poder, represión y ataques contra los manifestantes. Los medios, en particular, vinculan a las fuerzas represivas del Estado con el cumplimiento de órdenes del Poder Ejecutivo bajo el gobierno chavista. Sin embargo, las representaciones de su accionar, especialmente durante el golpe de Estado de 2002, varían. En ese contexto, una facción militar apoyó la destitución de Hugo Chávez y la instauración de Pedro Carmona como presidente de facto. Las tensiones internas dentro del ejército finalmente llevaron a la mayoría de las fuerzas a reafirmar su lealtad al presidente depuesto.

Uno de los ejemplos que ilustra esta construcción negativa se encuentra en un artículo de La Voz del Interior, donde se describe cómo la policía, mientras los

manifestantes rodeaban el palacio presidencial exigiendo el regreso de Chávez, se muestra desinteresada y bromea con los simpatizantes: “Las rejas del palacio fueron copadas por manifestantes, mientras soldados con fusiles, muy relajados, bromeaban con algunos de los simpatizantes de Chávez” (ver Artículo Nro. 3). Este ejemplo refleja la crítica hacia las fuerzas policiales por su falta de seriedad y compromiso con el orden público.

La relación entre las fuerzas armadas, el Estado y la ciudadanía en Venezuela ha sido marcada por un fuerte componente nacionalista y de lealtad a las órdenes del mandatario de turno. Aunque las fuerzas armadas de Venezuela tienen un historial particular en América Latina debido a los golpes de Estado y levantamientos militares, como los ocurridos en Ecuador en 2010 y Bolivia en 2019, en Venezuela, el golpe de Estado de 2002 evidenció la división interna dentro de las fuerzas armadas, que finalmente terminaron respaldando al presidente elegido democráticamente, Hugo Chávez.

Palabras finales

En las cuatro categorías que he presentado a lo largo de este texto—Liderazgo político autocrático, Geopolítica del miedo, Venezuela y la libertad de expresión, y Dioses y demonios—es posible identificar algunas transversalidades que se unen bajo un hilo conductor común: la Cultura del Miedo, que se expresa con distintos grados de intensidad, pero que está siempre presente. Un primer acercamiento a este fenómeno es la existencia de formaciones ideológicas que presentan todo lo relacionado con Venezuela en su versión bolivariana, populista o de izquierda como un elemento peligroso, políticamente erróneo e ideológicamente incorrecto. Este tipo de construcción discursiva es recurrente (por no decir constante), construyendo una narrativa negativa en torno a estos aspectos. Ya sea de manera más o menos acentuada, según los matices que se le imprimen a los hechos y actores sociales, ya se trate de personas, políticas, ideas o acciones, los discursos analizados construyen una atmósfera casi aterradora sobre lo que implica la expansión de estas ideas en el mundo. Desde la representación de los líderes personalistas como autoritarios, corruptos, violentos, inadaptados o incapaces, hasta la idealización de actores de la oposición como figuras casi divinas o mártires, o la descalificación de las alianzas geopolíticas de Venezuela como inútiles o irrelevantes, el corpus estudiado parece invitar al lector a sumirse en un miedo paralizante. Este miedo tiene el poder de hacer que, en cualquier conversación cotidiana, surja la noción de que si las decisiones políticas, especialmente en el ámbito económico, siguen su curso (o si avanzan los gobiernos progresistas, populares o de izquierda), estamos encaminados a convertirnos en Venezuela.

Pero, ¿qué significa “ser Venezuela”? ¿Cómo circulan los sentidos y se cargan las palabras con ciertos significados al decir esta frase? El análisis que presento en esta investigación puede ofrecer algunos indicios de respuesta, aunque no busca ser concluyente. Más bien, ofrece una reflexión sobre cómo las palabras se cargan de ideología, y cómo la noción de Voloshinov (1976) sobre las palabras como espacios de lucha de clases se ve claramente reflejada. La palabra “Venezuela”, especialmente en los últimos 20 o 25 años, ha sido objeto de una serie de construcciones ideológicas destinadas a demonizar no solo a un líder político como Hugo Chávez, sino a un conjunto de elementos que incluyen políticas estatales inclusivas, discursos cercanos al socialismo, alianzas con potencias y países no occidentales, en resumen, a ideas que se vinculan con las luchas socialistas o comunistas del siglo XX. La demonización de Chávez, en este contexto, no es casual, dado que fue un líder que reivindicó las ideas de la Revolución

Cubana, que mantuvo relaciones estratégicas con Cuba desde el principio, y que cultivó vínculos con países como Rusia, Nicaragua, Libia o Irán, entre otros, que Occidente considera "los villanos de la escena internacional.

Este análisis pone de manifiesto cómo la Cultura del Miedo se refleja en los discursos, especialmente en los mediáticos, y cómo crea realidades e ideas al asociar múltiples significados con diversos significantes. Los medios nos indican lo que está bien y lo que está mal, cómo debemos actuar, sobre qué debemos hablar, y cargan de ideología las palabras, dotándolas de sentidos que no son casuales, sino cuidadosamente elegidos para responder a las necesidades del mercado y la economía globalizada.

Es en este punto donde adquiere relevancia la propiedad de los medios. Aunque se les llama "medios", en realidad no son tales, sino más bien constructores de discursos, creadores de palabras, ideas y significados sobre la vida y la política. La concentración mediática es un fenómeno que no puede pasarse por alto al analizar este tipo de discursos, los cuales, en este caso, están orientados a reproducir una lógica de miedo hacia ciertos objetos. Y cuando hablo de objetos, no me refiero exclusivamente a elementos materiales, sino a personas, políticas, ideas, países, entre otros. Esa "pegajosidad" de la que habla Sara Ahmed (2015) se construye a partir de la circulación masiva de discursos y, en este proceso, el papel de los medios es fundamental.

Los enunciados, entendidos como formaciones discursivas y representados por tres medios de diferentes países pero con estructuras y políticas editoriales similares, reproducen en las cuatro categorías expuestas su propio posicionamiento, el cual responde a intereses empresariales asociados a las lógicas del mercado y el capitalismo financiero transnacional. Estos discursos forman parte integral de los relatos que circulan en el marco de la cultura mediática actual, por lo que analizar un acontecimiento de marcada significatividad para la historia reciente de América Latina, resulta no solo pertinente sino necesario para los tiempos que corren.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2015). La política cultural de las emociones. México: Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG- UNAM).
- Becerra, M. y Mastrini, G. (2017). La concentración infocomunicacional en América Latina 2010-2015: nuevos medios y tecnologías, menos actores. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes y Observacom.
- Boucheron, P. y Robin, C. (2016). El miedo. Historia y usos políticos de una emoción. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Bruera, R. (2024). Liderazgo autocrático y (geo)políticas del miedo: un análisis del discurso mediático sobre la Venezuela del siglo XXI. Tsafiqui – Revista Científica en Ciencias Sociales, 14(2), 63-73. Recuperado de: <https://revistas.ute.edu.ec/index.php/tsafiqui/article/view/1316>
- Chomsky, N. (1996). La cultura del miedo. En J. Giraldo (comp.), Colombia, esta democracia genocida (s/p).
- Chomsky, N. (2012). Estados fallidos. El abuso de poder y el ataque a la democracia. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino.
- Cox, R. W. (2002). The Political Economy of a Plural World. Critical reflections on power. London & New York: Routledge.
- Cox, R. W. (2014). Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la Teoría de Relaciones Internacionales. Relaciones Internacionales, 24, 129-162. Recuperado de: <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2013.24.006>
- Cox, R. W. (2016). Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: un ensayo sobre el método. Relaciones Internacionales, 31, 137-152. Recuperado de: <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2016.31.007>
- Delumeau, J. (2022). El miedo en Occidente (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada. Buenos Aires: Taurus.
- De Moraes, D. (2013). Presentación. En D. De Moraes, I. Ramonet & P. Serrano (Comps.), Medios, poder y contrapoder: de la concentración monopólica a la democratización de la información (pp. 11-18). Buenos Aires: Biblos.
- Gómez Ponce, A. (2019). Cultura popular y capitalismo tardío. Perspectivas de investigación en estudios internacionales. 1991 Revista de Estudios Internacionales, 1 (1), 43-58. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/revesint/article/view/24607>
- Herrera Santana, D. (2017). Hegemonía y Relaciones Internacionales / ii. Aproximaciones teóricas críticas en el estudio de la hegemonía mundial. Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM, 128, 13-46. Recuperado de: <https://www.revistas.unam.mx/index.php/rri/article/view/62242>
- Sartori, G. (1988). Teoría de la democracia. 2. Los problemas clásicos. Madrid: Alianza.
- Sodupe, K. (2002). Del tercer al cuarto debate en las relaciones internacionales. Revista Española de Derecho Internacional, 54 (1), 65-93. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/44298069>
- Voloshinov, V. (1976). El signo ideológico y la filosofía del lenguaje. Barcelona: Nueva Visión.

Medios analizados

- La Voz del Interior (<https://www.lavoz.com.ar/>)
- El País (<https://elpais.com/>)
- The New York Times (<https://www.nytimes.com/es/>)

Material anexo

Acceso a detalle de noticias analizadas:

<https://docs.google.com/spreadsheets/d/1gteek9dJ2FGbE6vNITW4OLrN2BLKSt-x/edit?usp=sharing&ouid=109799115408505467740&rtpof=true&sd=true>